

## DON QUIJOTE, METÁFORA DE LA VIDA HUMANA

JAIME FERNÁNDEZ S. J.  
*Sophia University, Tokyo*

Que la gran novela de Cervantes constituye una muy lograda «metáfora de la vida», ya ha sido dicho por grandes escritores y pensadores como Dostoievski y Ortega y Gasset.<sup>1</sup> Y también por cervantistas tan conocidos como Avallé-Arce en su obra *Don Quijote como forma de vida*.<sup>2</sup> Así pues, no pretendo aquí descubrir nada nuevo, pero sí esbozar y concretar el porqué de esta bella afirmación.

Ya desde el prólogo, se nos dice que el autor al componer un relato lo «engendra», engendra el libro, «hijo del entendimiento», y con el libro engendra al personaje, «saca a la luz» sus hazañas, es decir, le da vida. Y desde las primeras líneas se nos habla de la vida. La vida del hidalgo y su universo. Pero se trata de una vida programada, donde todo se repite: costumbres, comida, vestido; una vida cómoda, pero dominada por el ocio y donde, al parecer, hay un vacío. Vida corta, apenas importante, resumida en pocas líneas, pero que debe reseñarse para comprender debidamente el resto de la historia. Porque enseguida se describe la transformación, la locura, que, gracias a la lectura intensa de aquellos libros de caballerías, salvará al hidalgo de ese vacío, de esa monotonía y anonimidad. Para el hidalgo, como dirá más tarde a Cardenio, los libros han sido «entretenimiento de su vida» (I, 24); y si, como en otra ocasión dice el cura, le han «vuelto el juicio», también podría decirse con el ventero que, como a él, «verdaderamente le han dado la vida» (I, 32). Porque el hidalgo ha buscado en los libros, quizás inconscientemente, una salida a aquella especie de semivida, o una forma de llenar aquel vacío y ha comprendido que merece la pena lanzarse a vivir de verdad, porque ha descubierto de alguna manera el valor del ser humano, al comprender el valor de su nombre, que debe dar a conocer, y el valor de los otros, en especial de los débiles y necesitados, a los que ha de ayudar y proteger.<sup>3</sup> El hidalgo se transforma en don Quijote, en caballero andante. Con toda la ironía que rezuma la descripción de tal proceso,

<sup>1</sup> Así, F. Dostoyevski en *Diary of an Author*. Ver Ludmilla B. Turkevich, *Cervantes in Russia*, New York, Gordian Press, 1975, págs. 118-19. También J. Ortega y Gasset, *Meditaciones del Quijote e ideas sobre la novela*, Colección 'El arquero', Madrid, Ediciones de la Revista de Occidente, S.A., 1975 (9ª ed.), pág. 87.

<sup>2</sup> Madrid, Fundación Juan March/Editorial Castalia, 1976. Al *Quijote* se le ha llamado igualmente «espejo de la vida humana» (Saint-Beuve), «imagen de la vida», «pintura de la vida del hombre», «expresión de la vida». O bien se ha dicho que el «megatema» del *Quijote* es la vida humana, «lo que constituye la biografía de cada ser humano» (Carlos Castilla del Pino, *Cordura y locura en Cervantes*, Barcelona, Ediciones Península, 2005, pág. 61). Julián Marías (*Cervantes clave española*, Madrid, Alianza Editorial, 1990, págs. 194-95) indica que se trata de «experiencia de la vida», pero puntualizando que es la vida del mismo Cervantes (no de su biografía).

<sup>3</sup> En I, 1 se expresan estos dos fines con la siguientes palabras: 1) «aumento de su honra», «cobrar eterno nombre y fama»; 2) «servicio de su república», «deshacer todo género de agravio».

no puede descartarse su simbolismo. De una vida sedentaria a una vida en continuo movimiento. Quizás intuyó lo que años más tarde diría Arthur Rimbaud: «*La vraie vie est ailleurs*», «la verdadera vida, la vida auténtica no está aquí, está en otro lugar; no es ésta, sino otra».<sup>4</sup> El hidalgo ha elegido buscar otra vida, la vida verdadera, y ha hecho de la búsqueda su razón de vivir. Búsqueda que, para ser auténtica, no podrá descuidar nunca la dimensión interior, el alma, Dulcinea.

Y así comienzan los primeros pasos de la nueva criatura, con una juventud desbordante de energía, donde pueden más el gozo y la locura que la razón y la tristeza, donde ya no hay programación ni rutina, sino un abandonarse a la imaginación y a la aventura.<sup>5</sup> Si en su primera salida iba «con grandísimo contento y alborozo» (I, 2), poco después, tras ser armado caballero, se sentía «tan contento, tan gallardo, tan alborozado [...], que el gozo le reventaba por las cinchas del caballo» (I, 4). Así, todo lo transforma, todo lo cree, todo lo soporta y todo lo imagina. Don Quijote es joven. Siente con fuerza la vida como una locura, la locura de vivir. Ese es, al menos, el significado de la primera salida, que se corona con la afirmación de nuestro caballero: *Yo sé quién soy y sé que puedo ser...*, donde, en mi opinión, se recoge la afirmación de su identidad de siempre, aunque contemplada a fondo, pero al mismo tiempo un deseo, que ha empezado ya a hacerse realidad, un deseo de superarse, de vivir, de ser y valer más. «Vivir es más vivir, aumentar los propios latidos». Seguridad en sí mismo, gran fuerza de voluntad. Por ello, no ha reparado en burlas (la venta primera), ni en ironías (aventura de Andrés), ni ha sentido los golpes recibidos. Así es su juventud, su entusiasmo. «Vivir es más vivir». Por ello, serán tres las salidas del hogar y tres los regresos al mismo. Regresará derrotado, llevado por otros (sobre el burro de un vecino, primero, y encantado en la jaula después), pero volverá una y otra vez a lanzarse al mundo, impulsado por el deseo de ser más, afirmando así su fe en el valor de la vida que ha descubierto en los libros, esa vida que está en otra parte...

Con todo, la vida no es sólo un viaje, o una aventura sin más, o empresa de sólo un individuo. Porque la vida, además, es encuentro, viaje en diálogo. Vivir, parece decimos Cervantes, no es una empresa aislada, sino compartida. Vivir es relación. Por ello, Unamuno afirma agudamente que don Quijote volvió a su aldea no sólo para buscar un escudero, a la manera de los caballeros andantes, sino para tener alguien con quien hablar.<sup>6</sup> Alejado de su casa, de los suyos, aquellos primeros monólogos, dirigidos al sol, a su futuro «coronista», a su dama, eran sólo disparates. Necesitaba compañía para conversar, para vivir. Necesitaba a Sancho.

Y tal observación es importante, ya que el diálogo ocupa un gran tanto por ciento de la novela. A través del diálogo, Cervantes aumenta la sensación de vida que aflora en cada página de su narración, y viene a decimos que vivir es diálogo, es sociedad o, como diría el poeta, «vivir es convivir en compañía». Y esto hasta tal punto que se puede afirmar que el protagonista de la gran novela es dual. No es sólo don Quijote. Es don Quijote más Sancho, Sancho más don Quijote. «Juntos salimos, juntos fuimos, y juntos peregrinamos...» (II, 2). Juntos en su caminar, pero distintos, y a la vez, como cada hombre de la vida real, complejos, cambiantes, irreductibles a un solo aspecto. Diálogo totalmente necesario o intercambio de ideas, sueño y realidad, armonía y confrontación, acercamiento y distancia.<sup>7</sup> Todo ello aflora en este personaje dual haciéndolo más humano.

Sancho hará aún más humano el discurrir vital de don Quijote. Con él se hará más vívida la imagen de la vida que ambos representan. Porque, gracias a Sancho, puede considerarse el *Qui-*

<sup>4</sup> José Saramago, «La falsa locura de Alonso Quijano» [De *El País*, Trad. Pilar del Río], 23-05-2005. Web: <<http://www.rebellion.org/noticia.php?id=15528>>.

<sup>5</sup> Es sugerente todo lo que Luis Rosales dice sobre la «locura y adolescencia» de don Quijote en *Cervantes y la libertad*, Madrid, Gráficas Valera, S.A., 1960, I, págs. 141-81 (*passim*).

<sup>6</sup> «Ya está completado don Quijote. Necesitaba a Sancho. Necesitábalo para hablar, esto es, para pensar en voz alta sin rebozo, para oírse a sí mismo y para oír el rechazo vivo de su voz en el mundo». Miguel de Unamuno, *Vida de don Quijote y Sancho*, Austral, 33. Madrid, Espasa-Calpe, 1971 (15ª ed.), pág. 41.

<sup>7</sup> El diálogo es tan importante que su ausencia o negación significa la anulación del personaje dual. Sancho seguirá a don Quijote con la condición de que le alce el «entredicho», que le tenía puesto en la lengua» (I, 25).

jote como un fabuloso acervo de refranes. Y, como ya es sabido los refranes y proverbios representan la vida y la sabiduría del pueblo. Son resumen del asombro y de la comprensión natural, sencilla y profunda, que del mundo y de la existencia han venido teniendo los seres humanos a través de los siglos; y así vienen a ser condensación y reflejo de la captación de aspectos del humano vivir, irisaciones o breves relámpagos de la verdad. De la verdad que, a su manera, busca don Quijote. Por eso, creo yo, los introduce Cervantes en su relato. A veces se opondrá el caballero a la letanía sin fin de refranes cuyo contenido realista sugiere cierto contraste con el mundo irreal que intenta vivir. Y, aunque a veces Sancho parezca tan loco como él, don Quijote acabará por quedar hondamente admirado de esa sencilla sabiduría y sentido común. Y más aún que todo ello, se sentirá agradecido por su afecto y aprecio. Porque Sancho le sigue, no para «desfazer» entuerto alguno, ni sólo para conseguir esa ínsula prometida, sino porque, como su señor, tiene un vacío que llenar, y sobre todo, porque le admira y quiere gozar de una vida en libertad.<sup>8</sup> Parecido y diferencia. Disparates, locuras y necesidades en ambos. Fe y duda en Sancho respecto a su señor. Cólera y cariño de don Quijote para con su escudero. Pero unión inseparable. Tan distintos y tan iguales. Tan humanos. Según la bella declaración del cura al comienzo de la Segunda Parte, «parece que los forjaron a los dos en la misma turquesa» (II, 2).<sup>9</sup>

Así, don Quijote y Sancho significan el diálogo esencial. Pero en la vida un solo diálogo es insuficiente e impensable. Son muchos los diálogos que tienen lugar, merced a los encuentros constantes con infinidad de personajes y acontecimientos. La vida está hecha de encuentros. Pueden ser intensos o pasajeros, tangenciales o de confrontación, deseados o fortuitos. Pero todos ellos, no obstante, son importantes porque son vida. El lector, gracias a ellos, llega a comprender que si el mundo de nuestro caballero, como también nuestro mundo, es en un elevado porcentaje pura imaginación, también lo es el mundo de las figuras con quienes se encuentra. Lo cual puede apreciarse sobre todo en la Segunda Parte de la novela, cuando tantos personajes, entre ellos el bachiller, los duques y los moradores de su castillo, tratan de sacarle partido a la locura del caballero, participando en cierto sentido de la misma, imaginando historias, creando mundos y personajes fantásticos, que les liberan momentáneamente de la monotonía de sus vidas. Con todo ello muestran paradójicamente que la imaginación es algo fundamental en la vida humana, hasta el punto de poderse afirmar que dos terceras partes o más de la misma están hechas de imaginación.<sup>10</sup> Imaginación que, como se ha dicho, es en el mundo cervantino el verdadero «patrimonio del alma».<sup>11</sup>

Así, la relación de don Quijote y Sancho con todas esas otras figuras es fundamental. Los episodios en que aparecen pueden parecer marginales a la vida del caballero, pero en realidad no lo son. Son, en la Primera Parte de la novela, las historias de Grisóstomo y Marcela, las de Luscinda y Cardenio y Fernando y Dorotea, la de don Luis y Clara, la de Leandro y Eugenio, o los relatos del Curioso impertinente y del cautivo. Todos contienen una intensa alusión a la vida, y una referencia indirecta al vivir de don Quijote, y los personajes que los pueblan hablan sutilmente del caballero, de su postura ante la realidad o ante la imaginación, y ayudan en gran manera a comprender su valor.

<sup>8</sup> Raymond S. Willis, «Sancho Panza: Prototipo para la novela moderna», en *El Quijote: El escritor y la crítica*, George Haley (ed.), Madrid, Taurus, 1984, pág. 328.

<sup>9</sup> Jaime Fernández S. J., «Don Quijote y Sancho (1615): "...en esta amarga soledad en que me dejas", *Crítica Hispánica* [Pittsburgh], 11 [1-2] (1989), págs. 69-80 (*passim*).

<sup>10</sup> Ortega y Gasset subraya el papel de la imaginación en la vida humana, afirmando incluso que si el hombre no tuviera el mecanismo psicológico de imaginar, el hombre no sería hombre. Y comenta: «Todos sabemos muy bien que nos hemos forjado diversos programas de vida entre los cuales oscilamos realizando ahora uno y luego otro. En una de sus dimensiones esenciales la vida humana es, pues, obra de imaginación» (*Obras Completas*, Madrid, Editorial Revista de Occidente, V, pág. 297). Ver también Javier Blasco, «Literatura y vida» en su obra *Cervantes raro inventor*, Universidad de Guanajuato, 1998, págs. 166-72.

<sup>11</sup> Luis Mateo Díez, «Algunas meditaciones», *Leer*, n° 158 (Diciembre, 2004-Enero, 2005), págs. 174-75.

Más en concreto, todas estas historias tienen como tema el amor y la esperanza de conseguirlo, la felicidad deseada, y describen diferentes posturas ante el humano vivir. En todas ellas, la consecución del amor está identificado con la vida. Porque el amor negado o robado o manipulado puede tener consecuencias trágicas. Puede llevar a la desesperación o al suicidio (caso de Grisóstomo). O puede conducir a una especie de locura o un vagar sin rumbo en medio de la naturaleza (caso de Cardenio y Dorotea). La privación de ese amor se equipara a una especie de muerte (caso de don Luis). O el juego con el mismo o su manipulación (en el caso de Anselmo, el curioso impertinente), constituye una locura de consecuencias tan trágicas (la destrucción de tres vidas humanas), que, comparada con la locura de don Quijote (en especial con su acto gratuito en la penitencia de Sierra Morena), hace que esta última resulte inocente e inocua, por un lado, y con un gran significado, por otro. Así el lector llega a la conclusión de que don Quijote no es el único perturbado en el universo de la novela. En la Segunda Parte, también, los duques, el primo, los del pueblo del rebuzno, etc., tienen cierta dosis de locura.<sup>12</sup> Sin olvidar a Sansón Carrasco (como queda claro por las palabras de Tomé Cecial, tras la derrota sufrida como Caballero del Bosque, II, 15), quien irónicamente trata de que don Quijote recobre la razón.

Todo lo cual quiere decir que Cervantes incluye estos relatos con el fin de esbozar una visión más completa de la vida. Porque con todo lo verdadero que pueda parecer el deseo quijotesco de vivir y tener aventuras, en la vida del transformado personaje, al menos en la Primera Parte, de 1605, apenas si existe el dolor o el miedo. Sin embargo, en los relatos intercalados el tono general es muy distinto. El ambiente es de seriedad, sin apenas rasgos cómicos. Tienen así la función de mantener una especie de equilibrio semántico a lo largo del flujo narrativo.

Pero todo ello, como he indicado, sólo sucede en la Primera Parte. En la Segunda, la locura va cediendo a la razón, y la comicidad va dejando paso a una cierta ponderación o seriedad, a veces nimbada de tristeza o melancolía.

Es sumamente curioso que en la Segunda Parte la vida, la vida de nuestro caballero, deja de ser una corriente de dinamismo para tomar un nuevo aspecto. Porque ahora el avance es a un paso más lento, como lastrado por cierta reflexión íntima, o quizás debiera decirse como abrigando un cierto temor. Y esto es también imagen magistral de la vida. Porque la vida, como diría Ortega, es «lo que hacemos y lo que nos pasa». En la Primera Parte se acentuó mucho más «lo que hacía» don Quijote, su acción, su intensa imaginación. En la Segunda, junto a «lo que hace» don Quijote, aparecerá con trazos más acusados «lo que le pasa», porque ahora se da cuenta cabal del mundo real que le rodea, ya que la razón, poco a poco y de forma sutil, va haciendo acto de presencia. Y digo sutilmente porque aparece disfrazada de un binomio que refleja también intensamente la vida del ser humano. Es el binomio del temor y la esperanza. Temor y esperanza que, curiosamente, también apareció en la Primera Parte. Aunque no por referencia a don Quijote, sino a las figuras de las novelas intercaladas: Grisóstomo, Cardenio, Lotario, don Luis, etcétera.

Pero ahora en la Segunda Parte, el temor y la esperanza acompañarán a don Quijote desde el comienzo de su tercera salida. Porque, después de instruir a Sancho sobre cómo comportarse en su embajada y presentación ante Dulcinea, le desea éxito, para concluir indicando el estado de ánimo en que él queda: «temiendo y esperando –dice– en esta amarga soledad en que me dejas» (II, 10). Sintagma que aparecerán vez más en la glosa de don Lorenzo, *Vivo en perpleja vida, / ya esperando, ya temiendo*, que tanto alaba don Quijote.<sup>13</sup>

El binomio «temiendo y esperando», que aparece de varias formas referido a don Quijote en toda la Segunda Parte es tan verdadero, tan radicalmente humano que, usando la bella imagen

<sup>12</sup> Por ejemplo, don Diego de Miranda es para F. Márquez Villanueva («El caballero del Verde Gabán y su reino de paradoja», en *Personajes y temas del Quijote*, Madrid, Taurus, 1975, págs. 204-08), un cuerdo loco, porque quiere controlar a la fiera de la existencia humana encerrándola en la jaula de la razón.

<sup>13</sup> Francisco J. Flores Arroyuelo, *Alonso Quijano, el hidalgo que encontró el tiempo perdido*, Murcia, Universidad de Murcia, 1979, págs. 72-74.

poética de Antonio Machado, podría decirse que todo el ser del hombre está tejido con los hilos del miedo y de la esperanza:<sup>14</sup> *¿Conoces los invisibles / biladores de los sueños? / Son dos: la verde esperanza / y el torvo miedo. / Apuesta tienen de quién / bile más y más ligero; / ella, su copo dorado; / él, su copo negro. / Con el hilo que nos dejan / tejemos cuanto tejemos.*

Temor y esperanza. Y, en íntima conexión con todo ello, también la admisión de que la vida es radical incertidumbre.<sup>15</sup> La ciega confianza en sí que don Quijote tenía en un primer momento; la seguridad de que los demás cumplirían su palabra (*cada uno es hijo de sus obras*); el «sé que puedo ser»; el tomar lo imaginado y lo deseado como realidad incuestionable; la confianza en la «fuerza de su valeroso brazo», tan frecuente en la Primera Parte; incluso el sentirse con la serenidad y dominio suficientes como para poner fin a la vergonzosa pelea de nobles y plebeyos, oficiales y religiosos, que fue el confuso pleito por el famoso baciuelmo...<sup>16</sup> Todo ese ambiente y trazos de esa forma de vida quijotesca va debilitándose progresivamente, hasta casi desaparecer al final de la Segunda Parte. Pero la esperanza y la vida no desaparecen. Ahora serán otros reflejos de la vida los que hagan que el lector siga sintonizando con el relato.

El caballero no ha podido ver la belleza de Dulcinea que dijera haber visto Sancho. Tampoco antes, pero la imaginaba como quería. Ahora el sentido de su imaginación es otro y sus tristezas son verdaderas. Y, por ello, se siente el ser más desgraciado del mundo. Y empezará a cuestionarse el sentido de la vida, pareciéndole ahora que el mundo es tan sólo una representación y él un actor más, representando en la comedia de la vida un papel que tendrá que abandonar cuando llegue el final. Incluso, si él no acabase de verse o sentirse como actor, muchos de los personajes con quienes se encuentra lo verán así para espiar sus reacciones, ya que lo conocen por haber leído la Primera Parte de sus aventuras. Es el teatro dentro de la novela.

Dulcinea... Si Sancho era el diálogo, la relación humana necesaria, Dulcinea es algo indefinible, aunque igualmente indispensable. Es la dama de sus pensamientos, inexistente, pero presente en cada página de la novela. Para don Quijote es la vida, la fuente de la vida. Como le dice a Sancho, en Dulcinea vive y respira, en ella tiene vida y ser (I, 30). Estar sin ella equivale a la muerte (I, 35). Su encantamiento es un atentado contra la vida del caballero (II, 32). Porque Dulcinea es su sustento, su alma, y su vida (II, 35). Si en la Primera Parte se la pudo describir detalladamente a Vivaldo, debido al tramo de juventud ardorosa en que entonces se hallaba su vida, ahora tal descripción es imposible. Como dice a los duques para poder describirla tendría que sacarse el corazón. En el corazón y en la tabla rasa del alma la lleva grabada. Borrarla es imposible. Lo que pudo ser capricho de la locura, al crear él mismo a Dulcinea en el comienzo de su transformación, ahora resulta una verdad y realidad ya siempre innegable, aun en el momento de su muerte. De ser una mujer ideal, Dulcinea ha pasado a ser el alma del personaje, esa fuerza misteriosa que le hace vivir y seguir hasta el final. Es el dinamismo del amor.

Por ello, no obstante la presencia secreta del temor y del miedo, la amenaza de encantadores enemigos, de fuerzas sin rostro que parecen odiarle, e igualmente no obstante la visión tan desalentadora y tan verdadera en la cueva de Montesinos,<sup>17</sup> mantendrá su esperanza, y defenderá la imagen de Dulcinea, aunque ahora en su subconsciente vaya desdibujándose. Y mantendrá su esperanza luchando contra el Caballero del Bosque, y desafiando a los leones para mostrar ante don Diego que es esforzado caballero andante, e intentando socorrer a los amantes en peligro al

<sup>14</sup> Antonio Machado, *Poesías completas. Canciones de tierras altas*, Madrid, 1963. Poema LXIV, pág. 205. Jaime Fernández S. J., «Don Quijote por dentro: El madrigalete (DQ, II, 68)», *Estudios Hispánicos* (Asociación Coreana de Hispanistas), 28 (2003), págs. 243-56.

<sup>15</sup> Ángel del Río, «El equívoco del *Quijote*», *HR*, 27 (1959), págs. 200-21.

<sup>16</sup> Jesús Cañas Murillo (*et alii*), «El proceso por la sombra de un yelmo en Manhattan Transfer», en *Historia de la literatura*, 1 (Madrid, UNED), «Unidad didáctica» 4 (Tema XXIV), págs. 139-46.

<sup>17</sup> Avallé-Arce (*Don Quijote como forma de vida*, pág. 212-13) dice que don Quijote en la cueva ha soñado el sentido de la vida: significando sus bellas palabras una lección de heroísmo verdaderamente humano: «saber que la vida es sombra y sueño, pero vivirla como si no lo fuese».

final del retablo de maese Pedro, y tratando de servir de algo a la Dolorida con el ridículo vuelo sobre Clavileño, y sufriendo noblemente las burlas de los duques y de la desenvuelta Altisidora, y de tantos otros personajes durante su estancia en Barcelona.

Así, don Quijote mantiene su esperanza. Y nunca negará a Dulcinea. Ni aun en peligro de muerte, tras ser derribado por el caballero de la Blanca Luna. Nunca, ni siquiera tras saborear el fracaso en esa y otras ocasiones, el fracaso que es parte inseparable de la vida humana.<sup>18</sup> No negará a Dulcinea porque sería negar su propia vida. Nótese que en el madrigalete que ha cantado en la noche, ya no dice Dulcinea, sino sólo «Amor». Y habla en él de la vida ausente, y también de la muerte que para él significa esta lejanía del amor. Más tarde, a la entrada en la aldea, tendrá que admitir: «Dulcinea no parece, no parece»... Y, sin embargo, el caballero no pierde la esperanza. Si acepta la realidad del final de todo: «me voy muriendo a toda priesa», afirma igualmente la importancia de la fuerza que ha impulsado su vida, cuando, ante la alusión de los que rodean su lecho, de que Dulcinea, libre ya del encantamiento, está esperándole tras unas matas, el caballero les contesta que se dejen de burlas, porque «en tales trances como éste no se ha de burlar el hombre con el alma». Es decir, el hombre, que tras los nombres o figuras de Alonso Quijano o don Quijote, ha creado tan magistralmente Cervantes, el ser humano, que es el héroe de su gran novela, no se ha de burlar con el alma, con su verdad esencial, con el amor, con la vida.

Por todo ello en el epitafio para su tumba quedó grabada para siempre esta bella verdad: «que la muerte no triunfó de su vida con su muerte».

---

<sup>18</sup> Fracaso en el sentido que indica Luis Rosales en su obra *Cervantes y la libertad*. No es deseo de frustración, ni desánimo, sino valor de atreverse a fracasar y de aceptar el fracaso (*op. cit.*, II, pág. 351).